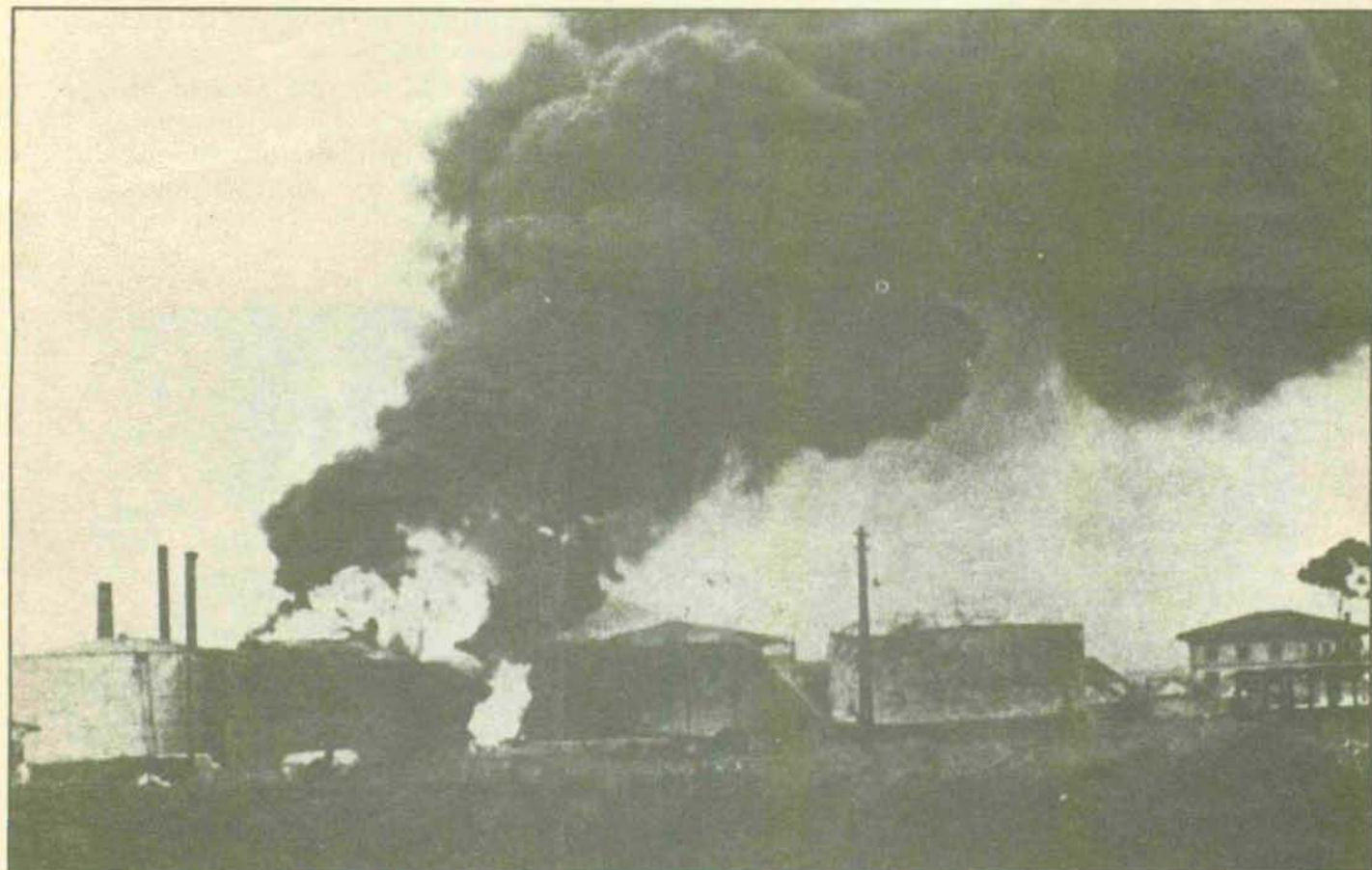


Octubre de 1937



El 20 de octubre de 1937 finalizaba la resistencia asturiana al avance de las tropas franquistas. Una de las últimas acciones agresivas fue el bombardeo aéreo de los depósitos de gasolina, que —como éstos que vemos en las cercanías de Gijón— arderían durante las horas postreras.

La caída de Asturias

Alberto Fernández

LA fecha del 24 de agosto de 1937 es el final de una etapa y el comienzo de aquélla en que la resistencia de las tropas del Norte concentradas ya en Asturias sorprendería por su ímpetu, por su empecinamiento dirán los partidarios de una rápida liquidación del conflicto y que esperaban, acaso, un entendimiento, al menos tácito, con los sublevados. La región, dispuesta a continuar el combate, desesperadamente, mal armada, habiendo sufrido duramente y en su carne el rudo golpe

de la caída de Bilbao, que se decía inexpugnable, donde cayeran tantos asturianos hermanados a vascos y santanderinos, el abandono casi sin combate de Santander, el cerco de importantes fuerzas en esta provincia, fuerzas que serían necesarias para evitar la caída de la última región aún en armas y la huida de los dirigentes de la Montaña, esta Asturias se erguía, orgullosa de su pasado e insegura de su porvenir, para luchar: hasta el triunfo —hipotético— o el aplastamiento —probable.

EL ABANDONO DE SANTANDER

Los informes que llegaban de la vecina provincia eran cada día más alarmantes, creando la inquietud en los medios oficiales y entre la población. Se rumoreaba que la ciudad no resistiría al empuje de los facciosos; mientras sus autoridades distribuían promesas euforizantes.

Ante esta situación un tanto angustiada, cada organismo del Frente Popular asturiano destacó allá a sus mejores observadores con el propósito de inyectar a los santanderinos serenidad y energía. El Consejo de Asturias y León celebró una reunión extraordinaria en la que se tomó un acuerdo similar al de las organizaciones que en él estaban representadas.

Más adelante, cuando ya el enemigo avanzaba alarmantemente sobre la capital montañesa, el Consejo acordó enviar a una comisión para entrevistarse con el general Uribarri, jefe de las fuerzas republicanas del Norte, con el fin de señalarle ciertos errores que, a juicio de las autoridades de Gijón, se estaban cometiendo; para ofrecerle colaboración entera y rogarle, al mismo tiempo, que solicitara del Gobierno Central poderes militares más extendidos para la Junta de Defensa. La entrevista, según algunos de los que en ella participaron, decepcionó a los enviados de Belarmino Tomás. El general se limitó a afirmar que él se había ido al Norte para morir al lado de los combatientes, que él era quien podía disponer de todo y de todos en nombre del Gobierno, que había decidido defender Santander, aunque fuera cercado por los sublevados, a fin de conservar el puerto y burlar la vigilancia de los buques franquistas en el Cantábrico, etc.

El tiempo desmentiría cruelmente, dramáticamente, estas

palabras: 48 horas después de pronunciadas, la Junta de Defensa y el Consejo Interprovincial, abandonaban la ciudad en compañía de Uribarri, dejando vacíos sus sillones o puestos de mando y 50.000 hombres desamparados.

Esta situación explica, en parte, la decisión, tan discutida, de constituirse en «soberano» el citado Consejo de Asturias y León. (Véase TIEMPO DE HISTORIA número 27, de febrero de 1977.)

No todo el mundo estuvo de acuerdo con tal decisión y, concretamente, las Juventudes Socialistas Unificadas y el Partido Comunista, por considerar que había en ella relentes de cantonalismo y una violación de la decisión del Gobierno Central por la que se creaba la Delegación presidida por Belarmino Tomás. En cambio, los partidarios de la «soberanía» argüían para su defensa: se hunde Santander en 12 días y se viven horas en las que no existe ninguna autoridad legal en el Norte leal a la República, por lo que hay que evitar el vacío de poder. Se busca el paradero del Gobernador de Santander; no se sabe

dónde se encuentra la Junta de Defensa; el Estado Mayor ha desaparecido; llegan a la frontera de Unquera cientos de milicianos, asturianos, vascos y santanderinos, en huida desordenada; miles de refugiados civiles siguen o preceden a los militares, lo que puede crear a Asturias un grave problema de alojamiento y abastecimiento. Es obligado, pues, de suplantarse una autoridad desaparecida por otra.

«Es entonces cuando el Consejo acuerda declararse soberano para que a él quedaran subordinadas todas las actividades de la guerra, de la producción y del orden público». Hay otras consideraciones sobre la inquebrantable lealtad hacia el Gobierno central: «Razones de índole psicológica avalaban nuestra postura, perdida ya la confianza en un Estado Mayor que, por incidencias de la guerra, no había cosechado más que fracasos...». «No fue una alegre decisión», han escrito algunos de los consejeros en un detallado informe enviado a las autoridades centrales una vez evacuado el Norte.



Hasta el hipotético triunfo o más probable aplastamiento, Asturias se empeñó en defender la causa republicana, sin atender a los que pedían un entendimiento con los rebeldes. Este cartel de Socorro Rojo de España traza un puente entre las luchas de 1934 y la de entonces.

Pero para dar visos de legalidad al acuerdo y con anterioridad a éste fueron convocados a Gijón el Jefe del Estado Mayor del XVII Cuerpo de Ejército, Javier Linares, y el Comisario político del mismo, Paulino Rodríguez. El primero afirmó que «no sólo aceptaba, sino que consideraba imprescindible y urgente la existencia de un poder político que, conjuntamente con el militar, abordase la defensa de Asturias..., al desconocerse el paradero del general Uribarri», por lo que «estaba dispuesto a aceptar cuantas órdenes emanasen del Consejo».

El Comisario general manifestó, por su parte, que, «en íntimo contacto con las tropas, especialmente en las últimas horas, había podido apreciar la baja moral de las mismas, nacida de una desconfianza absoluta en los mandos y en el Estado Mayor»; así, «la única medida aplicable al momento era la declaración de la soberanía».

Pero, como hemos indicado ya, los jóvenes socialistas y el PCE estimaban que era el Delegado gubernamental, Belarmino Tomás, quien debía asumir todas las responsabilidades de mando en tanto se ignorase el paradero de la Junta de Defensa. Al final, todos, partidarios y adversarios del «soberano» Consejo, se comprometieron a trabajar con el mismo entusiasmo y lealtad por la defensa de Asturias y, la misma tarde, desde la emisora Radio Gijón, Belarmino leyó una alocución destinada, principalmente, a los combatientes, explicando la decisión y comprometiéndose a «defender y fortalecer con nuestra conducta el prestigio del Gobierno de la República».

SE HABLA YA DE EVACUACION

De manera discreta, casi desapercibida, en todo caso sin eco en la prensa, ni comentarios al

efecto, se habló, oficialmente, de evacuación en Asturias, con motivo de la creación de las diversas comisiones de trabajo, como hemos visto en un artículo anterior. Al lado de las de Justicia y orden público, militar, asistencia social o economía, hubo aquella, aparentemente anodina, denominada «de abastecimiento, transporte y evacuación». Y, detalle singular, el entonces consejero de Justicia ocupa un puesto en la comisión de Economía, mientras que el consejero de Hacienda forma parte de la de Justicia y Orden Público. Amador Fernández, Ramón Álvarez Palomo, Calleja y José Maldonado (todas las tendencias político-sindicales del Consejo) forman la que se ocupará de estudiar y preparar la evacuación. Este problema de la evacuación probable y problemática se planteó. Y, si no fue un éxito cuando llegó la hora de abandonar la lucha en la noche del día 20 de octubre de 1937, acaso la responsabilidad no in-



La caída de Santander dejaba a Asturias en una situación extremadamente delicada, al convertirse en la única región norteña que se mantenía en armas. Sobre estas líneas, la plaza de toros santanderina con centenares de prisioneros republicanos encerrados en su coso.



Los jóvenes socialistas y el PCE estimaban que era el Delegado gubernamental en Asturias, Belarmino Tomás —en la foto adjunta—, quien debía asumir todas las responsabilidades de mando mientras se ignorase el paradero de la Junta de Defensa.

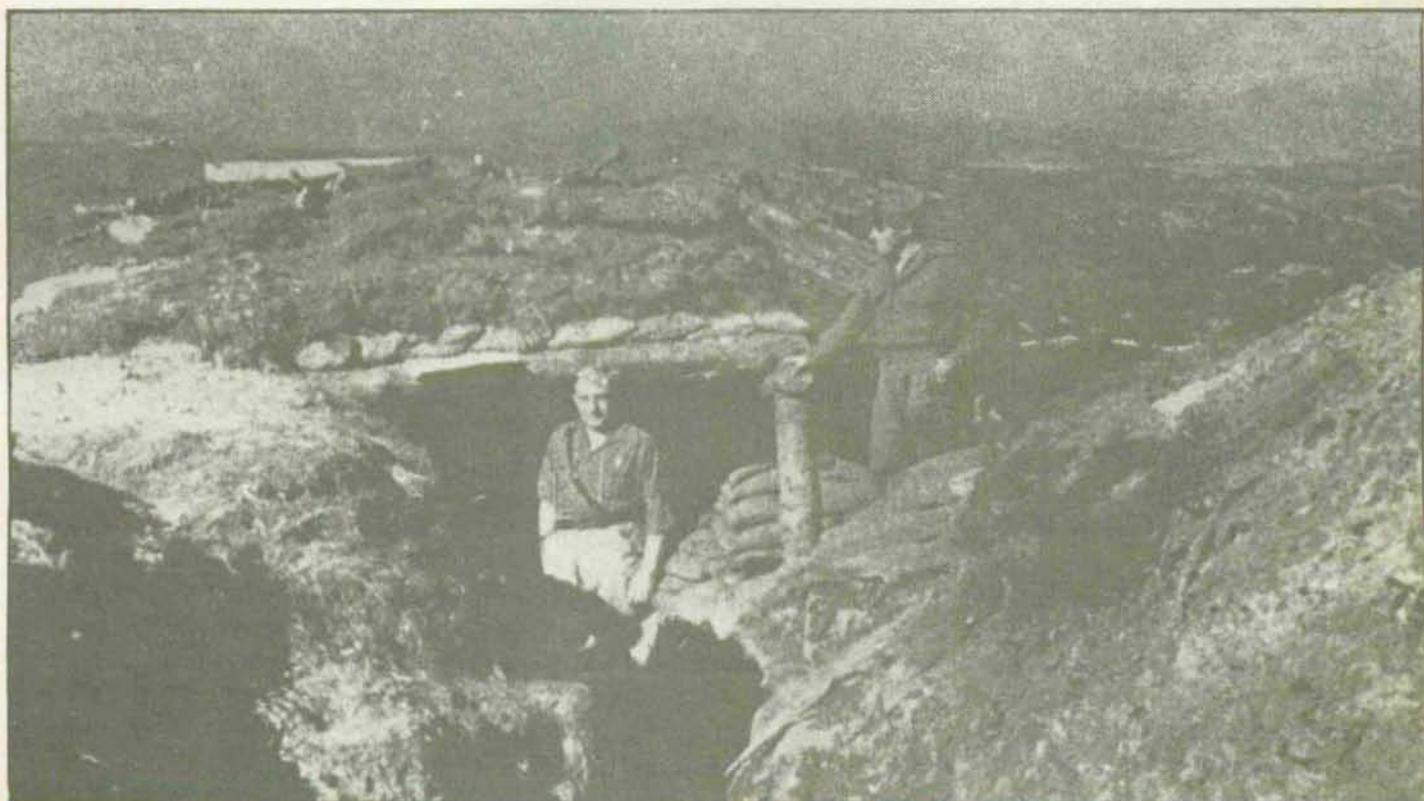
cumba totalmente a las autoridades, sino a las circunstancias, a la falta de medios de transporte más que a la imprevisión.

Pero, mientras llegó la hora tan

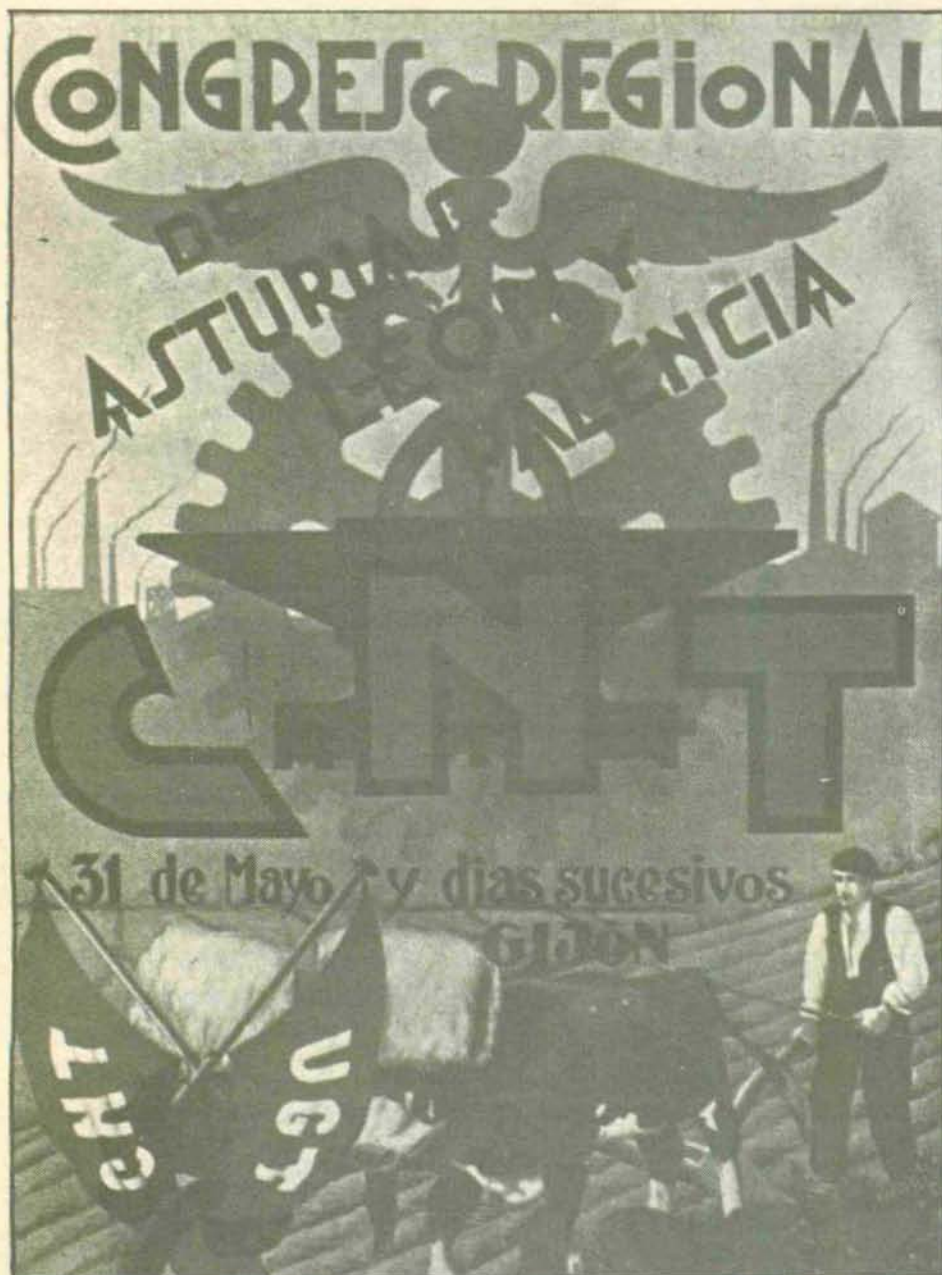
temida, se intentó evitar —en parte también se consiguió este objetivo— el que cundiera entre la población la idea de la entrega y entre los combatientes del frente y de la retaguardia,

cuya moral no era muy elevada, el desánimo precursor de la derrota. Hundido el frente del Sella, con el peligro inminente del enlace entre las tropas de Aranda y de Solchaga, se podía dar por descontada la pérdida de Asturias en breve plazo, aun cuando se derrochara heroísmo en todos los frentes. Galán estimaba que **«en las condiciones concretas actuales, un frente en Villaviciosa era insostenible»**. Lo principal era ganar tiempo.

A pesar de esta situación que precedía la catástrofe, mucho se hizo por conservar moral y disciplina; en esta obra participaron todos los dirigentes asturianos, de todas las organizaciones, que emplearon un lenguaje más directo que el oficial, el lenguaje de la Resistencia a ultranza para fijar el mayor tiempo posible el mayor número posible de soldados enemigos en espera de alguna operación en otros sectores de la Península. Y, argumento supremo, se resistiría porque no



El monte Naranco, en las inmediaciones de Oviedo, sería escenario de varios de los más duros enfrentamientos por la posesión de Asturias. Las trincheras cavadas en sus laderas —una de las cuales recoge la imagen— contendrían los cadáveres de decenas de combatientes.



El Consejo de Asturias y León fue creado para regir los asuntos internos de ambas provincias, lo que provocó diversos conflictos de competencia. Otras iniciativas interregionales surgieron también como ésta de la CNT en que se aglutinaban Asturias, León y Palencia.

había otra salida para la totalidad de los combatientes antifascistas del Norte.

Hubo desertiones sin que se pueda afirmar, como lo hiciera el Consejo Soberano, que «**los mandos que quedaban eran impotentes para convencer a sus tropas de la necesidad de combatir, ya que detrás de ellas sabían que sólo quedaba el mar y, por lo tanto, la muerte**». El argumento iba, implícito, en las consignas para resistir.

LA COMISION DE GUERRA

La Comisión de Guerra (Belarmino Tomás, Linares, Segundo Blanco, Juan Ambou y Onofre García) procedió a tomar medidas inmediatas desde su constitución y que exigían las circunstancias. La primera consistió en destituir, entre tanto el Gobierno Central tomara una decisión aprobatoria o no, al general Uribarri y poner en su lugar al coronel Prada. Correspondió a éste, en adelan-

te, el tomar toda decisión de carácter militar o aprobar aquellas medidas que le fueran propuestas por sus servicios. Se descartó por completo la participación civil y el Comisariado, debidamente informado, no se opuso nunca a lo ordenado por el coronel. A Prada correspondió igualmente el estudiar la situación en su conjunto e informar a las autoridades de necesidades y dificultades.

LA FALTA DE ARMAMENTO

El principal escollo fue la falta angustiosa de armamento. Los días 24 y 25 de septiembre se reunió el Consejo ante el cual Prada dijo que quedaban municiones en Asturias para diez o doce días, a condición —añadió— de administrar su empleo (se habían perdido algunas posiciones, al parecer, por falta de cartuchos).

El Consejo decidió enviar urgentemente a dos de sus miembros a Valencia para solicitar una ayuda inmediata. El Gobierno atendió a los delegados y les ofreció, con carácter urgente, el envío desde Francia hasta Gijón del barco «Reina» con un cargamento compuesto de: 15 cañones antiaéreos, con sus proyectiles; 650 fusiles ametralladores y siete millones de cartuchos de 7/7 mm., los cuales servían únicamente para un lote de ametralladoras diferente. Faltaban también culatas y trípodes a 300 de estas armas. En París se decidió que el «Reina» llegaría a Gijón a los ocho días, para lo cual el capitán de la Marina mercante Caparrós se trasladaría a este puerto para preparar la recepción, lo que hizo por vía aérea al no poder realizar el viaje por vía marítima.

Pero el buque anunciado no llegó en la fecha indicada y, durante quince días al menos,

se ignoró su paradero, hasta que se supo que había regresado a Burdeos, con la consiguiente inquietud para el Estado Mayor del Norte, que veía disminuir sus reservas. Al fin, el 17 de octubre, llegó el «Reina» al Musel, con tripulación extranjera.

«Quince días antes este barco hubiera podido resolver, en parte, el problema de continuar resistiendo y recibiendo material. Hoy ya no nos vale», declaró Prada.

Mas con anterioridad a esta fecha, la Asturias combatiente había recibido un golpe con el anuncio de la huida de dirigentes regionales, entre los cuales el propio secretario del Gobernador, Belarmino Tomás, Santiago Blanco y algunos de los componentes del Tribunal Popular, llamados por el pueblo «Los Pilaricos», por haberse es-



Aun cuando todavía el combate no estaba perdido, se iniciaron en Asturias los preparativos para una posible, y probable, evacuación. Amador Fernández —en la foto— era uno de los cuatro miembros de la comisión designada al efecto, representativa de todas las tendencias del Consejo.



El general Aranda (al que vemos, a la izquierda, en compañía del también general Martín Alonso) dirigió las tropas franquistas en la batalla por Asturias. Aislado en Oviedo, el refuerzo de los Cuerpos de Ejército disponibles tras la caída del frente del Norte, sería para él decisivo.

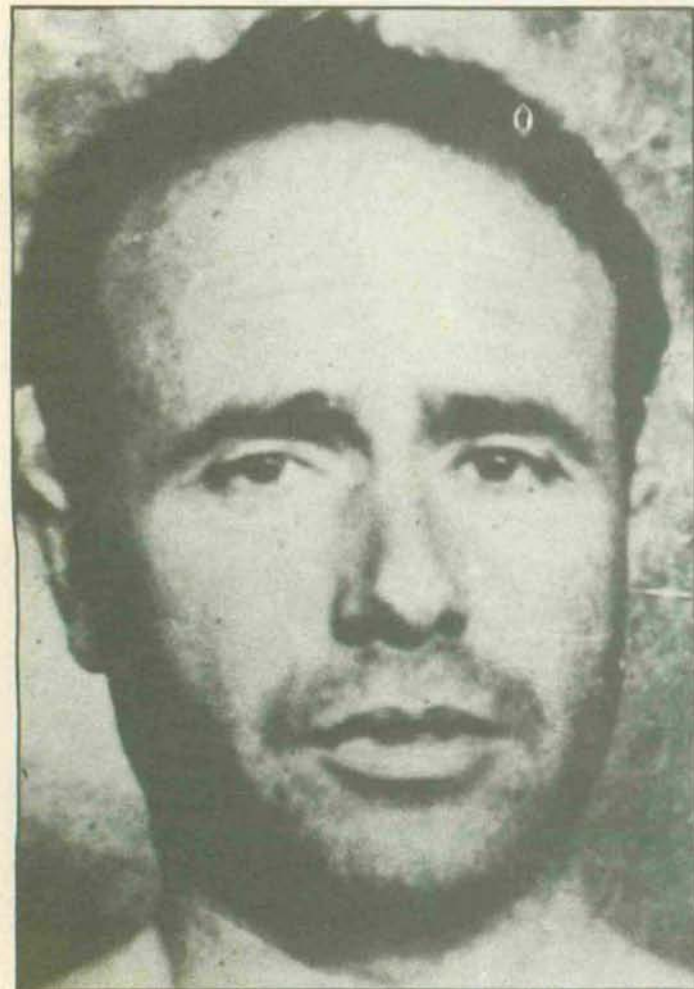
capado el día de la Virgen del Pilar. En la noche del 11 al 12 de octubre salió el barco «Somme» del puerto de San Juan de Nieva, mandado por el capitán de la Marina mercante Mario Cienfuegos. Este hecho contribuyó, evidentemente, a desmoralizar aún más a los que seguían defendiendo el terreno, porque no había ninguna solución.

Vino la célebre declaración de Belarmino sobre el «**No hay que mirar al mar**» y el editorial de «**Avance**», del que era autor Javier Bueno, en el que, apoyándose en la anterior declaración, el indómito periodista pedía a las autoridades «**que se quemaran todos los barcos de que se disponía en Asturias**».

20 DE OCTUBRE: EL ACTO FINAL

Aun cuando fueron empleadas

inmediatamente de descargadas las armas del «Reina», nada podía ya impedir el avance de las tropas enemigas. La aviación facciosa, por su parte, se empleaba a fondo, tanto contra las tropas republicanas afincadas en algunas posiciones importantes en el dispositivo improvisado como sobre los pueblos de la retaguardia. En un solo día Villaviciosa, Cangas de Onís, Infiesto, Arriendas, Gijón soportaron ataques mortíferos. No quedaba ni el recuerdo de la aviación leal mientras los facciosos disponían de docenas de aparatos (80 probablemente). El joven Ejército republicano tenía 450 bajas por día, las deserciones eran ya numerosas. La situación era insostenible. Reunióse la comisión de guerra con los jefes del Estado Mayor, el 17, que, unánimemente, consideraron que ya todo estaba perdido.



El periodista Javier Bueno, director del diario socialista ovetense «Avance», quien —en un famoso editorial de su periódico— pidió a las autoridades que «se quemaran todos los barcos de que se disponía en Asturias» para evitar la huida apresurada de dirigentes regionales

El Consejo soberano, cuyo presidente había hablado con anterioridad de la evacuación posible de 50.000 hombres, decidió a su vez abandonar rápidamente los restos de la zona leal al Gobierno y así se lo hizo saber al coronel Prada, solicitando de este militar que continuara resistiendo, a lo que se negó el jefe de Estado Mayor por considerar que el Ejército estaba vencido. Hasta tal punto hubo quienes desearon resistir que, hecho significativo que ha conocido directamente el autor de este trabajo, Javier Bueno se negó a acompañar a los que le fueron a buscar para evacuar por mar, declarando que se quedaba para resistir hasta la muerte, puesto que se quedaba con esta intención el coronel Franco. Hubo necesidad de explicarle que tal no era la intención del citado militar, que debía entregar la plaza a las tropas franquistas. Y Javier nos acompañó hasta el «**María Santiuste**», barco en que abandonó Gijón, entre los últimos huidos.

En la mañana del día 20 la aviación facciosa, que había bombardeado los depósitos de gasolina, que ardían desde hacía cuarenta y ocho horas, hizo una incursión sobre el Musel, hundiendo en una sola vez el destructor «Ciscar» (en el que pensaban evacuar los principales responsables político-militares de Asturias), el submarino «C-6» y el vapor «Reina». Los asesores soviéticos se marcharon por vía aérea hacia mediodía. En honor a la verdad histórica diremos que ofrecieron llevarse con ellos a un compañero dirigente socialista, el cual se negó a marchar en tal compañía y prefirió salir en las condiciones desastrosas en que se fueron los demás. Prada tomó con su Estado Mayor el torpedero número 3. Y, a partir de entonces, fue el «**sálvese el que pueda**».



La evacuación de Asturias se hizo en condiciones dramáticas. La desbandada fue enloquecedora y las escenas, dantescas. Era el producto del terror de una población que no se quería someter a la que adivinaba brutal represión del bando vencedor. (Sobre estas líneas, un grupo de los huidos por el puerto de Gijón con destino al barco inglés «Bramhill»).

Antes de la ocho de la noche la mayor parte de los «evacuables» estaban ya cerca del Musel; llegaron algunos a la entrada del puerto antes que las consignas destinadas a los guardias de asalto que impedían el acercarse a los buques. No fue ésta la única sorpresa: los barcos arrimados al muelle no estaban preparados para la marcha, algunos no tenían ni el carbón necesario, a otros les faltaban elementos indispensables para el pilotaje. El propio Consejo llegó al Musel y se encontró con que no tenía una embarcación a su disposición. Por fin, toparon en el dique Norte con el pesquero «Abascal», que ni tenía agua ni víveres. Gracias a la pericia de un capitán de milicias y turnán-

dose en el puente un policía y un consejero, llegaron las autoridades sin territorio al puerto francés de Duarnenez cuarenta y ocho horas más tarde.

La evacuación se hizo en condiciones dramáticas. Cada cual pretendía entrar en una embarcación, tropezando con grupos que esperaban impedir el embarque. Con la oscuridad, algunos de los que saltaban creyendo ir a caer sobre el puente de la embarcación caían al agua sin que nadie intentara echarles una mano. La desbandada fue enloquecedora y las escenas dantescas; a lo lejos, los depósitos de gasolina en llamas, a lo largo del muelle los coches que ardían; como ruido de fondo, el crepitar de ametralladoras, el ruido de disparos

de pistolas, el estallido de bombas de mano; algunas lanchas se hundieron ante la indiferencia general. Aquel Ejército de bravos voluntarios se había convertido en jauría alocada que busca una salida, la que fuera.

Era el acto final de una resistencia heroica, numantina. Y, descontados los cientos de republicanos que se lanzaron al monte, había terminado la guerra en el Norte, y Asturias comenzaba a vivir, con una «quinta columna» que se atrevió a salir a la calle y liberar a los presos de la «Iglesiona» en la madrugada del 21 de octubre, un período tan tristísimo en su historia como lo había sido el de la guerra y sus vicisitudes. ■
A. F.